

Boraudo, un territorio afrochocoano en Bogotá

Por

Marta Elena Abello Rovai

Introducción

El presente trabajo se inscribe dentro de una nueva necesidad para la antropología, de ubicar y comprender los fenómenos culturales de ruptura y cambio que están sucediendo dentro de los diversos grupos de población mundial que han emprendido movimientos migratorios¹.

En el caso colombiano del que se ocupa este escrito, se trata de un grupo de mujeres afrocolombianas de origen rural y minero que se ven obligadas a emigrar como consecuencia de la guerra que vive el país, abandonando el trabajo que les daba el sustento, amén de su entorno cultural y afectivo.

Se trata entonces de un desplazamiento socioeconómico generado por la ocupación de sus territorios ancestrales por parte de los diversos grupos armados que llegaron al Chocó colombiano a comienzos de la década de los noventa y que expulsa a la gente de las minas y llevándola a buscar inicialmente refugio en Quibdó. Desde allí salen nuevamente, esta vez hacia las grandes ciudades en búsqueda de oportunidades laborales.

Trabajar en la ciudad es una experiencia etnográfica relativamente reciente para la antropología colombiana. Por cuestiones de seguridad nacional relacionadas con la guerra del país, comenzó a dificultarse la realización de prácticas en los terrenos donde habitualmente salíamos a buscar información. Ahora nos movemos en nuestro propio territorio, la ciudad. Allí nos encontramos con población migrante que llega en búsqueda de refugio y de un lugar desde el cual poder recomenzar sus vidas.

Este trabajo de modo muy concreto enfoca y narra la experiencia de un grupo de mujeres afrochocoanas en Bogotá. Voy a referirme a su situación cultural como nuevas habitantes urbanas y a su proceso de inserción a la ciudad en calidad de población migrante en situación de desplazamiento. Comenzaré indagando por quiénes son y de dónde vienen éstas mujeres que de repente irrumpen y transforman el paisaje urbano bogotano y su entorno cultural para seguir un proceso de instalación en su nuevo entorno y concluir con sus regresos a su lugar de origen o bien su ubicación definitiva en la capital

Boraudo

Las mujeres afrochocoanas, protagonistas de este trabajo, provienen de las culturas mineras del Pacífico colombiano, de un pueblo llamado Boraudo, en el municipio de Lloró, al sur de Quibdo, sobre el alto río Atrato. Descienden de africanos esclavizados que llegan a lo que hoy es Chocó al momento de la ocupación de esa región por parte de los colonizadores que se dedicaron principalmente al trabajo minero del oro y del platino.

¹ Se ha llegado a afirmar que para terminar el siglo XX al pensar en su número de migrantes y nada más en algunos países de América Latina, la segunda ciudad boliviana está en Argentina, la segunda de México en Los Ángeles, la sexta colombiana en Nueva York o la tercera de Ecuador en Madrid. Y que en conjunto la población latina que ha migrado a los Estados Unidos, ahora sin distinguir país de origen, representará un 25 % de su población en el año 2025. Posiblemente en un futuro cercano la mayor población de chocoanos la encontremos en Bogotá o Medellín.

Trabajaron como esclavos en las minas de aluvi3n, aprendieron el oficio en contacto con la poblaci3n criolla de la 3poca, con los grupos ind3genas que habitaban esas tierras, tambi3n obligados al trabajo minero. Las mujeres esclavizadas trabajaron junto con los hombres en la miner3a, en el Pac3fico colombiano, desde su llegada a dicho territorio (West 1952).

Una vez conseguida su libertad, la poblaci3n descendiente de africanos se estableci3 en las riberas de los r3os (West, 1957: mapa No. 18), donde asumieron ese territorio, viviendo un proceso de adaptaci3n. Este supuso conocer, reconocer y apropiarse un medio ambiente nuevo, junto con la reconstrucci3n de la historia de sus vidas, recuerdos y afectos. Se juntaron e hicieron familias. All3 tambi3n fueron quedando sus antepasados; Fustel de Coulange dec3a a prop3sito que “uno es de donde son sus muertos”. Como lo indica Romero interpretando a Deler: “Al hablar de territorio, se piensa en la identidad que construye un grupo social en torno a sus actividades y la diferencia que establece con otros grupos; es aquel donde ejerce soberan3a, no s3lo material por la ocupaci3n sino tambi3n cultural y social por los rasgos que considera propios (Romero 1993:25).

La MINA² se convirti3 entonces en el Territorio. En el proceso que sigui3 a la adaptaci3n establecieron distintos e importantes v3nculos con el entorno. Ello supuso aprender a conocerlo, a usarlo, a sacarle provecho para beneficio propio. Las comunidades afrodescendientes han logrado un manejo sustentable del medio ambiente. Aprendieron a conocer el ciclo anual de lluvias, el clima, las posibilidades que les daba la tierra para la agricultura, la caza, la pesca, y la cr3a de peque1os animales dom3sticos como el cerdo y la gallina. Arocha (1999:128) llam3 a este conjunto de mecanismos de adaptaci3n “polifon3as sist3micas”. Ellas cuentan sobre el aprovechamiento que hacen del agua lluvia para el trabajo minero; conocen las fases de la luna y por 3stas gu3an sus cultivos para una mejor producci3n; aplican el sistema de “tumba y pudre” para cultivos como el arroz. Ahuman y salan carnes y pescados para conservarlos un tiempo mayor. Reparten los excedentes de cacer3a, caza, pesca y cultivos entre vecinos y familiares, de manera que nada se da1a, todos obtienen, y a su vez compromete alg3n tipo de reciprocidad en el futuro.

Utilizaron las minas de oro y platino e hicieron de la miner3a su principal fuente de ingresos econ3micos. El oro es el territorio: minando conoc3an a sus compa1eros, y sus hijos nacieron en un pueblo u otro seg3n la mina en que estuvieran trabajando. De la mina depend3an decisiones como viajar y asentarse en un lugar distinto, o probar suerte en un nuevo r3o o quebrada. El territorio lo constituyen los r3os, montes, quebradas por donde caminan as3 como la magia, mitos y leyendas que existen alrededor del oro.

Desde la mina se generan una serie de historias que cuentan los mayores. Se va tejiendo un universo de creencias, mitos y ritos que recrean el pensamiento de los mineros y mineras chocoanas. Los relatos narran la magia que hay alrededor del oro, el cual puede ser evocado como territorio del diablo. Y alrededor de 3ste existen sin n3mero de leyendas y relatos desde d3nde se recrea la historia y se ense1an las pautas 3ticas para acercarse a los metales y manejar la riqueza que proporciona la mina. El oro, a pesar de ser del diablo, solamente se le acerca a las personas de “buen coraz3n”.

² Nina de Friedemann (1972: 4), utiliza MINA en may3sculas para referirse a lo que hoy, desde el punto de vista de la diferencia cultural, se reconoce como comunidad. “Cada ramaje posee un territorio y sus miembros tienen cada uno un sitio de habitaci3n, una chagra para cultivos de subsistencia, principalmente pl3tano, un sitio de labor minera familiar que semanalmente provee el oro para el intercambio de los productos de la sociedad mayor en Barbaocoas [...] y un sitio de trabajo de miner3a comunal, que provee cada tres meses aproximadamente una porci3n de los gastos de celebraciones religiosas (vestido, bebida, etc.) A la totalidad de este complejo y al grupo de descendencia que lo posee se llama MINA”.

A través del trabajo minero y agrícola que realiza, la mujer chocoana participa activamente en los procesos productivos de su grupo cultural ya que el ámbito en el que se desenvuelve está por fuera del entorno doméstico. Así ella está presente en “el terreno de la producción de riqueza” (González Quevedo, 1991: 60) para el mundo social, económico y cultural del grupo. Participa en todos los procesos que entraña la minería de aluvión; está en los terrenos agrícolas, en la producción de alimentos; trabajos que se hacen comunitariamente y que son en consecuencia espacios de participación social y cultural de la comunidad; lugares de encuentro donde se recrean los saberes y las tradiciones características de las culturas afrochocoanas.

En las labores agrícolas se reproducen conocimientos botánicos y de la tradición culinaria cuyos ingredientes autóctonos son importantes para la elaboración de la comida. Siembran arroz y sus colinos (pequeña plantación doméstica de diversas especies de plátanos), alimentos básicos de la cocina afrochocoana. También tienen sus zoteas, pequeñas huertas sembradas cerca de las casas, sobre viejas canoas y plataformas de madera donde plantan las yerbas que les sirven de condimento y las que usan con fines medicinales.

El oro en definitiva es el centro del mundo económico y social del minero (a) chocoano (a). La minería es y ha sido la fuente principal de ingresos para las mujeres de Boraudo. Con su oficio producían una parte importante de los ingresos familiares para aprovisionamiento. También hacían su aporte a través de los intercambios de solidaridad y reciprocidad que realizaban con sus parientes y vecinos.

De Boraudo al 20 de Julio

Las mujeres cuya experiencia documenta este trabajo: *Emelina, Amparo, Luz Dary, Cucha, Cuchita, Martha, Gorda, Mary* son mujeres afrochocoanas que se han aventurado al mundo urbano y llegan a vivir al Barrio 20 de Julio, donde se asientan y crean/recrean su territorio. En este barrio vive hoy un grupo grande y consolidado de habitantes afro llegados de la misma región chocoana Tienen en común que provienen de un mismo tronco familiar, son del mismo pueblo y/o se conocieron en las minas y los campos. Ocupan varios sectores del barrio; las habitaciones en que viven quedan en casas de inquilinato que con frecuencia son ocupadas por grupos de parientes y paisanos las cuales se utilizan de modos muy específicos como trataré más adelante. Se trata de pequeñas comunidades de relacionados. Para la población de Boraudo hay alrededor de unos 15 grupos que viven en un radio de unas 8 cuadras y que mantienen contacto constante. Durante los fines de semana cuando están allí hacen visitas cortas, pasan por la casa del uno o del otro y así se enteran de lo que está sucediendo. Se reúnen frecuentemente en almuerzos para recibir visitas, celebrar ocasiones especiales como un cumpleaños o un bautizo o simplemente compartir la llegada de una encomienda.

La manera como cada grupo enfrenta la ciudad depende de varios factores que tienen que ver con: su condición etarea, si tienen o no experiencias urbanas anteriores y en menor medida del tiempo que lleven viviendo en Bogotá. Me refiero a tres grupos según sus edades como factor determinante

Para la población entre 15 y 20 años, que comenzara a migrar 2 o 3 años atrás, llegar a Bogotá es en cierta manera una conquista. No vienen de los ríos mineros como lo hicieran sus mamás; ya son entonces de procedencia urbana, pues vienen de Quibdó, donde ya tuvieron contacto e influencia de la sociedad urbana contemporánea. Adquieren rápidamente ciertas competencias y habilidades para moverse dentro de la lógica de la vida urbana. Manejan cajeros automáticos, celulares; participan y buscan interactuar en múltiples ámbitos de la vida urbana, como la moda y el consumo y están más en las calles y en las rumbas. Venden productos de revistas, hacen visitas y paseos que implican desplazarse a otros sitios de la ciudad.

Otro grupo de migrantes, entre 20 y 30 años, ha comenzado a conformar familias en Bogotá, de alguna manera en sus planes está el de radicarse en forma permanente. Los hombres tienen empleos en la vigilancia, fábricas, lavaderos de carros y en la construcción. Las mujeres en el servicio doméstico, tema del que me concentraré más adelante por considerarlo determinante para su estancia en la ciudad.

Y está el grupo de mujeres mayores entre los 30 y 45 años con quienes directamente trabajé. Nacidas y criadas en los campos mineros, son en la mayoría de los casos madres cabeza de familia que dejan sus hijos al cuidado de sus abuelas en el Chocó. En Bogotá trabajan como empleadas internas en casas de familia desde el domingo por la noche hasta el sábado después de medio día. Para los fines de semana alquilan entre todas una habitación. La utilizan cuando salen de sus trabajos para vivir, hospedarse, descansar y reunirse con su gente. Este espacio es el sitio de contacto con sus parientes y paisanos en la ciudad. Llegar al 20 de Julio es entonces hacerlo a su territorio chocoano y al encuentro con los suyos. La habitación se ha convertido en un espacio ritual productivo para la “construcción de consenso”³ (Appadurai, 2001: 18) de la comunidad. Como veremos a través de este texto, en las actividades que realizan los fines de semana cuando se vuelven a reunir y están juntos, recrean permanentemente los hábitos y saberes de su cultura. Ésta pertenencia a un grupo humano, a un grupo étnico, les proporciona herramientas que reproducen sus formas tradicionales de solidaridad y apoyo, necesarias para mantenerse unidas mientras se enfrentan a un mundo urbano hasta ahora desconocido para ellas.

Se trata de encuentros culturales, de reuniones étnicas; del traslado de los sistemas de solidaridad autóctonos que al llegar a la ciudad se acomodan a las exigencias de la misma y se transforman en redes de solidaridad étnica cuya estructura concuerda con la descrita por Wade (1997). Este recurso les permite mantener vivas sus tradiciones, les da sentido de pertenencia a un grupo humano para desde ahí, y con el respaldo de la red, enfrentar la ciudad. Estamos hablando entonces, de un grupo cultural que habita una ciudad que ellos mismos están construyendo.

Los fines de semana, en especial los domingos por la tarde, en largas jornadas de charlas, van recordando anécdotas de cuando eran niñas, después ya mayores, de sus relaciones con los hombres, las fiestas, sus familias, sus hijos. También se ponen al día con información sobre lo que sucede en sus casas, en su pueblo: quién falleció, quién nació, quién se “cogió” con quién, quién se “dejó” con quién, cómo van los hijos en los estudios, quién está trabajando en la mina y dónde hay mina. Realizan los duelos por aquellos que mueren en el Chocó, y, desde allí, organizan la participación y la solidaridad a la que obliga un fallecimiento mediante giros de dinero. Desde éste territorio recreado participan en los rituales de sus muertos.

El fin de semana les permite también dedicar buena parte de su tiempo a una actividad que consideran muy importante: el arreglo del pelo. El peinado, el cual se hacen entre ellas y al que dedican muchas horas hace parte de la historia cultural de los afrodescendientes del Pacífico. El arreglo del pelo está cargado de significados que se transmiten y mantienen a través de la tradición oral. Un aprendizaje a cuenta de los más viejos quienes van enseñando a los más jóvenes cómo hacerlo al mismo tiempo que van contando su historia (Vargas 2002).

³Appadurai se refiere a este tipo de rituales que realizan los grupos culturales “como una forma flexible de actuación a través de las cuales se producen efectos sociales, nuevos estados de sentimientos y se crean conexiones no sólo como reflejo o conmemoraciones. Este calidad del ritual, creativo y productivo, es importante en la construcción de consenso en movimientos populares” (traducción personal)

El nacimiento de un bebé en Bogotá es un evento que congrega a las mujeres boraudoseñas. Las mayores y las que tienen conocimiento preparan las recetas que deben tomar las parturientas, así como las aguas para los baños del recién nacido y su madre. La red se pone en acción y comienzan a trabajar, se reparten turnos para colaborar en distintas actividades como la preparación de los alimentos, el cuidado de la ropa y la compañía para la madre recién parida.

Comparten las comidas de los domingos, un momento especial para ellas por el hecho de estar reunidas y recibir visitas. Por ello buscan que los platos que preparan recreen los sabores tradicionales del Chocó. Esperan con emoción la llegada de las encomiendas que les mandan desde sus casas; carnes y pescados curados y una variedad de frutas como borojó y chontaduro.

El territorio en Bogotá

En Bogotá viven necesariamente procesos de adaptación e inserción a la ciudad y a su lógica urbana. El Barrio 20 de Julio se transforma en el pedazo de la ciudad que han apropiado para sí, es el sector de Bogotá que conocen y dominan y en el cual realizan la mayor parte de sus actividades. El barrio es para ellas la casa, el comercio, el mundo social, religioso y afectivo.

El barrio es el territorio de contacto entre las personas afrochocoanas que habitan el sector, quienes se reconocen por lazos tradicionales de parentesco, compadrazgo y paisanaje. Son una comunidad dentro de la ciudad.

La participación en los hábitos y ámbitos urbanos modernos es una tarea que resulta difícil para las mujeres inmigrantes. La mayoría no tienen las competencias que se requieren para habitar en una ciudad como Bogotá. El uso y conocimiento que tienen de la ciudad son parciales, solamente la conocen a través de las rutas de buses que utilizan para movilizarse de la casa al trabajo y viceversa. Su mapa de la ciudad es restringido así como sus exploraciones de la misma. En ese sentido ellas representan una de tantas y diversas formas posibles de habitar las ciudades que ofrece el mundo moderno. Algunas de ellas no saben ni leer ni escribir; esto representa una dificultad para emplearse, así como para transportarse dentro de la ciudad. Sus relaciones con funcionarios de atención al público, además, están mediadas por la desconfianza y la estigmatización.

El vínculo laboral les representa la posibilidad de disponer de dinero para gastar; por medio del trabajo de alguna forma adquieren un carácter de personas activas y productivas que merecen, por tanto, el reconocimiento de la sociedad mayor. A través de la inserción económica ganan espacios de reconocimiento cultural. Al contar con dinero en las relaciones de comercio pueden permitirse, por ejemplo, modificar en el mercado la oferta y variedad de productos para que estos respondan a sus gustos y necesidades culturales. Hoy en día en el Barrio 20 de Julio es común encontrar queso costeño y banano verde, artículos que aparecen en el mercado local con la llegada de la población afro al sector. De la misma forma en el comercio se ofrecen productos de belleza exclusivos para el arreglo del pelo de las mujeres afrocolombianas.

Las mujeres del presente estudio han llegado a Bogotá en diferentes momentos; las primeras hace unos diez años. Su emigración obedece fundamentalmente a la búsqueda de fuentes de trabajo e ingresos. Una vez las primeras logran establecer un campo de trabajo y de vida, empiezan a llamar a sus congéneres para que también vengan a probar suerte. La ciudad, incluso el empleo en el servicio doméstico, es un polo de "atracción" que incide en la reciente migración de mujeres afrochocoanas. Estas saben que al llegar a la ciudad, a través de la red étnica, entraran en contacto con sus paisanos y podrán hacer uso de mecanismos de solidaridad que, en principio, les brindan tanto la posibilidad inicial de alojamiento y comida como ayuda para conseguir trabajo. Más adelante, una vez establecidas en la ciudad, la red continúa funcionando con

informaciones compartidas acerca de servicios, comercio, fiestas y sobre los acontecimientos importantes en su tierra.

De esta manera por medio de las redes étnicas mantienen estrecho contacto. Sólo salen de este mundo chocoano que han creado/recreado en Bogotá cuando van a sus trabajos, espacios donde sus vidas e historia cultural son invisibilizados (Friedemann, 1984:510). No obstante, a través de la red telefónica, que funciona entre semana desde los sitios de trabajo, se suplen muchas carencias; si bien básicamente se conversa y se cuentan las cuitas -construyéndose espacios de solidaridad y apoyo moral- La red funciona igualmente cuando una persona enferma necesita asistencia médica; cuando ha nacido un bebé y la madre requiere apoyo y situaciones similares. También cuando se presentan casos de conflicto con los patrones y se hace necesario buscar ayuda legal, o para diligencias en entidades públicas y bancarias así como para suplir las necesidades logísticas que plantea la ciudad.

La red étnica cumple una función importante en la consecución de empleos. Por lo general, cuando una mujer se decide a venir es porque ya tiene un puesto esperándola. Sus regiones las despiden por la falta de oportunidades y por la violencia; la ciudad las atrae al ofrecerles una respuesta a sus necesidades económicas y de vida. Es común que cuando alguna se retira de un trabajo -que considera bueno- ya sea por cambio a uno mejor o por regreso definitivo al Chocó, se llame a ocupar ese puesto a alguna familiar o conocida que está pendiente para también emigrar.

La ciudad y el empleo

La totalidad de las mujeres del grupo trabajan internas en el servicio doméstico. Amparo -una de las primeras en llegar a Bogotá- cuenta el impacto que le causó saber que el trabajo ofrecido era en el servicio doméstico. Se sintió entre la espada y la pared y tuvo que decidir entre regresar inmediatamente a Quibdó, donde no tenía mayores perspectivas de vida, o asumir el reto y enfrentarse a ese tipo de empleo de servicio que nunca imaginó para sí. La ciudad, Bogotá, es lo único que les ofrece.

El uso del servicio doméstico es una práctica habitual en los hogares colombianos, principalmente en sectores sociales con ingresos altos y medios, aun cuando también últimamente en sectores menos pudientes. El incremento del servicio doméstico en las ciudades tiene que ver con multiplicidad de factores, entre otros: la movilidad del mundo, incremento de migraciones, de la pobreza y oferta laboral; la aparición de la familia urbana monoparental y la inserción de la mujer al mundo laboral. De un lado la mujer de la ciudad cada vez sale más de su casa para trabajar por fuera, haciéndose necesaria la presencia de “otra” mujer que asuma las labores domésticas (Parella, 2003: 43). De otro lado está también la necesidad de mujeres pobres, migrantes, recién llegadas a las ciudades, de buscar el sustento para ellas y para sus familias; como es la experiencia del grupo de mujeres afroboraudoseñas del Barrio 20 de Julio.

Las relaciones bajo la modalidad de servicio doméstico interno son complejas. Van más allá de una relación laboral “de mercado en la que se vende y se compra fuerza de trabajo, sino también [son] como un modo de vida desde el punto de vista de la empleada” (León, 1991: 26). Para ésta “el lugar de trabajo es a su vez su lugar de vida” (Ibíd.: 29), lo cual, en la mayoría de los casos implica una relación de disponibilidad permanente. En sus sitios de trabajo realizan los oficios de limpieza, cocina, cuidado de la ropa y, en muchas ocasiones, la atención a niños (as) menores, ancianos, enfermos y hasta animales domésticos. Una vez que se “internan”, el domingo en la noche, pierden su mundo personal y las referencias a su cosmos cultural. Su función es atender permanentemente a la familia, dentro de horarios que pueden ir desde las 5 de la mañana hasta las 10 de la noche. Este tipo de vinculación laboral puede considerarse una versión moderna de las relaciones de servidumbre (Ibíd.: 27).

El trabajo en el servicio doméstico arrastra además un sin número de atributos valorados como negativos por parte de la sociedad. De por sí ya entraña un estigma relacionado con el hecho de que la mujer debe servir a otros (Parella, 2003:38); pero también se presenta una discriminación de clase; en nuestro estudio particular aparece un tercer y cuarto elemento que tiene como referente su condición de migrantes y negras.

En algunas casas encuentran conductas abiertamente racistas y discriminatorias. Sin embargo, la discriminación “no es el resultado de las diferencias entre las personas, sino de los mecanismos de exclusión asociados a estas diferencias. Estos mecanismos de exclusión se mueven en un doble plano, material y/o simbólico, de modo que engloban tanto las practicas discriminatorias como las actitudes y los discursos que las legitiman” (Parella, 2003: 17). Ante muchas solicitudes de empleo la respuesta es simple: “negros no”. Al interior del trabajo esos prejuicios se traducen en actitudes de exclusión y agresión como no tener disponibilidad de alimentos y tener que llevarlos desde la casa el domingo por la noche, o como el que se les asignen espacios miserables dentro de la vivienda, por ejemplo, un rincón debajo de las escaleras. También se da el caso de patronos que no establecen ningún tipo de comunicación con ellas, no les dirigen palabra. O el de los niños y niñas que se lavan cuando ellas los tocan al ayudarles en alguna cosa. Su posición frente a este tipo de conductas es definida: permanecerán en éste empleo el tiempo más corto posible; se quedan mientras se ponen en la tarea, a través de la red telefónica, de buscar un nuevo sitio de trabajo; también porque mientras tanto están devengando el salario que tanto necesitan.

Algunas pasan la mayor parte del día solas y en muchos casos no tienen libre acceso al teléfono. Encerradas, sin acceso a la llave de la vivienda, una vez entran el domingo por la noche no vuelven a poner un pie en la calle. Pasan toda la semana enclaustradas, sin la libertad de ir un momento a una tienda y charlar de alguna cosa con alguien, o sentarse un rato en la banca de un parque. Añoran sus tierras chocóanas, cuando andaban por los montes, cuando aún vivían en los poblados al lado de los ríos y estaban en contacto con su gente. Sin embargo han encontrado maneras de mantenerse en contacto desde sus sitios de trabajo; y acá la red telefónica es de una importancia vital como ya lo anoté. Han aprendido a utilizar la llamada en espera o bien realizan llamadas muy cortas en horarios estratégicos. También aprovechan cualquier salida a la calle, aquellas que sí tienen esta opción, en función de hacer algún mandado, para hacer llamadas telefónicas desde teléfonos públicos.

Quienes no logran ubicarse en trabajos en casas de familia, comienzan a recorrer la ciudad buscando el sustento para ellas y sus familias. Es otra forma de vivir la ciudad, se paran en las esquinas cerca de semáforos, cargando en brazos a sus hijos pequeños, y piden limosna, muchas veces mostrando un cartel en el que informan que son personas desplazadas de sus regiones.

Protagonismo de la mujer afroboraudoseña y regreso

Desde la metrópoli, y a larga distancia, la mujer afroboraudoseña continúa ocupando su papel protagónico dentro de su comunidad de origen. Por medio del teléfono, de las encomiendas, las razones verbales de quién va o viene, y últimamente a través de los celulares, mantienen comunicación y contacto permanente con quienes quedaron en el Chocó. La ciudad, a pesar del drama que representa para ellas el servicio doméstico, es la fuente de ingresos que les permite cubrir sus gastos y los de sus familias. Una vez que el trabajo minero se acaba, ellas “cogen camino” o salen en busca

de su “su Madre de Dios”⁴, el lugar que les permita encontrar la manera de mantener a su familia. Estar en Bogotá es parte de su proyecto de vida a corto, mediano y largo plazo.

Su estadía en Bogotá se considera siempre temporal; tienen siempre presente la idea del retorno y trabajan en función de ello. Este depende del tiempo que les tome finalizar las metas económicas que se hayan propuesto. Entienden que su lugar es allá, tal vez no nuevamente en las minas, pero sí desean regresar a Quibdó, ciudad chocoana que recibe a la población migrante que se ha desplazado desde las minas y los poblados cercanos. En Quibdó, están construyendo viviendas pensando en su retorno.

Aquellas que son cabeza de familia tienen la necesidad inmediata de alimentar a los suyos, quienes se quedaron en el Chocó. Quincenalmente envían remesas de dinero que se destinan para los gastos básicos de alimentación y educación. Las que tienen mayor posibilidad de gasto y ahorro, destinan parte del dinero a inversiones, por ejemplo, montar una pequeña tienda o terminar la construcción de sus casas. Ahorran parte de sus salarios. Al final del año llevarán el dinero que invertirán en su proyecto futuro o las compras, que han ido haciendo según se han propuesto.

También, y para ellas esto es fundamental, están construyendo una oferta de futuro para sus hijos a través del estudio. Emelina dice que todo lo hace es para que sus hijos no se “queden así como ella”...sin estudiar. La educación es un tema importante que involucra a toda la comunidad. Las hermanas mayores destinaron parte de su trabajo en las minas para que sus hermanos(as) menores pudieran estudiar. Hoy en día algunas de esas mujeres que fueron “estudiadas” por sus hermanas mayores retribuyen responsabilizándose de parte o la totalidad de la educación de sus sobrinos y sobrinas. En este hecho puede verse la fuerte influencia del pensador chocoano Diego Luis Córdoba quien enseñaba al pueblo chocoano que sobre la base de la capacitación y el estudio se podrían modificar las condiciones de vida y acceder a los beneficios que, se supone, trae la modernidad (Wade 1998). Es de resaltar que buena parte del esfuerzo que estas mujeres realizan en Bogotá se da con miras a ofrecer como mínimo el bachillerato a los y las jóvenes que quedan en Quibdó.

Sus ingresos se invierten así mismo, en dotar sus hogares pensando en el regreso definitivo. Compran electrodomésticos como estufas, neveras, televisores, radios y muebles de dotación básica como camas, armarios, mesas, sillas y enseres de cocina. También compran y llevan ropa de cama y de uso personal para los familiares. Algunas, que cuentan con el apoyo económico de sus esposos, trabajan en Bogotá durante todo el año reduciendo al mínimo sus gastos para poder llevar un dinero que ya tiene destinación específica. Conseguir las cosas presupone calcular el tiempo de permanencia en Bogotá. El retorno, insistimos, siempre está presente: un tiempo más, quizá menos, para concluir sus metas económicas y regresar definitivamente.

La habitación cumple entonces una función de suma importancia para ellas: les sirve de “bodega” para almacenar sus cosas. Allí, dentro de una maleta que utilizan a manera de armario, van guardando las compras que hacen a lo largo del año y que llevarán en diciembre de regreso al Chocó. En la medida que se acerca la fecha del regreso la habitación se va llenando de objetos y paquetes que cuidan celosamente. El espacio vital se reduce, pero esto se considera una incomodidad circunstancial; al contrario se sienten orgullosas al ver las compras que han realizado y que representa una señal de su futuro.

Entre las cosas que llevan hay gran cantidad de ropa usada que recogen a través de los meses. Esto lo hacen particularmente quienes no han tenido trabajos buenos y estables. La necesidad de vestir a sus hijos implica efectuar recorridos por donde antiguas

⁴ Expresión comúnmente utilizada por Amparo, cuando se refiere al recorrido que hacen hasta llegar a Bogotá, en busca de mejores condiciones de vida para ellas y sus familias.

patronas y personas que conocen y les han ofrecido ropa, destinadas no sólo a los hijos e hijas, también para ahijados y ahijadas, vecinos y vecinas, sobrinos y sobrinas, primos y primas.

Todas estas compras van para el Chocó en diciembre. Contratan un camión. Es nuevamente a través de la red como se contactan entre sí las personas interesadas en viajar y llevar la carga. Organizan el viaje, que les tomará más de un día, durante el cual asumen además que tendrán que negociar su paso por los retenes de los grupos paramilitares y guerrilleros que encuentren en la carretera

En el camión que viajó en diciembre de 2002, como parte de lo que “debe” estar allá, en su tierra, se enviaron los ombligos de dos criaturas nacidas poco antes. Los ombligos que viajan, serán “sembrados” junto a la raíz de un árbol, señalando la pertenencia del pequeño (a) a ese mundo chocoano.

El regreso al Chocó -temporal o definitivo- es una fecha ansiada durante todo el año. Se completa un ciclo, un año más en Bogotá significa haber cumplido las metas propuestas. Es a su vez un acercamiento al retorno definitivo. El regreso en diciembre también significa el reencuentro con su mundo, volver a ver a sus hijos e hijas, reentablar una relación de afecto con sus esposos o compañeros, caminar por las calles del pueblo, participar en las fiestas y reuniones familiares, saborear y disfrutar sus comidas; ese mundo chocoano que de alguna manera han reproducido en Bogotá.

Bibliografía

ABELLO, Marta Elena. 2003. *Boraudo: Una cultura afrochocoana en Bogotá*. Bogotá. Monografía de grado. Departamento de Antropología. Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de Colombia.

APPADURAI, Arjun. 2001. “The capacity to aspire: culture and terms of recognition”. In Vijayendra Rao and Michael Walton (ed). *Culture and public action*.

AROCHA, Jaime. 1999. “Redes polifónicas desechas y desplazamiento humano en el Afropacífico Colombiano”. En Cubides, Fernando y Domínguez, Camilo (eds.) *Desplazados, migraciones internas y reconstrucciones territoriales*. Pp. 127-147. Bogotá: Centro de Estudios Sociales CES,

_____ 2001. *Mi gente en Bogotá. Estudio socioeconómico y cultural de la población afrodescendiente en Bogotá*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá.

CARVALHO, José Jorge. La mirada etnográfica y la voz subalterna.

ESPINOZA, Mónica y FRIEDEMANN, Nina. 1993. “Colombia: La mujer negra en la familia y en su conceptualización”. En Ulloa (ed. comp.) *Contribución africana a la cultura de las Américas*. pp.95-114. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología – Colcultura.

FRIEDEMANN, Nina. 1974. *Minería, descendencia y orfebrería artesanal, litoral Pacífico (Colombia)*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas.

GONZÁLEZ QUEVEDO, Roberto. 1991. *Roles sexuales y cambio social en un valle de la Cordillera Cantábrica*. Barcelona: Cuadernos de Antropología, Editorial Anthropos.

LEÓN, Magdalena. 1991. "Estrategias para entender y transformar las relaciones entre trabajo doméstico y servicio doméstico". En Lola Luna (comp.) *Género, clase y raza en América Latina*. Barcelona, Universitat de Barcelona, p. 25 – 61.

MAYA, Adriana. 1998 "Demografía histórica d la trata por Cartagena 1533-1810". En Maya, Adriana (ed.) *Los afrocolombianos*. Geografía Humana de Colombia, tomo VI. pp. 11-52. Bogotá: Instituto de Cultura Hispánica.

PARELLA RUBIO, Sonia. 2003. *Mujer, migrante y trabajadora: la triple discriminación*. Barcelona, Anthropos.

QUINTERO, Patricia. 2005. "*En el nombre del Padre, de la Madre, del Hijo y del Espíritu Santo*": dimensión afro de la religiosidad católica bogotana". Tesis de maestría inédita. Departamento de Antropología. Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

VARGA, Lina María. 2002. *La estética en el pelo y las peluquerías afro como sitio de encuentro cultural*. Monografía de grado. Departamento de Sociología. Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de Colombia.

WADE, Peter. 1997. *Gente negra, nación mestiza*. Bogotá: Editorial Universidad de Antioquía – ICAN - S XXI Ediciones – Uniandes.

ROMERO, Mario Diego. 1993. "Arraigo y desarraigo de la territorialidad del negro en el Pacífico colombiano". En Ulloa (ed.) *Contribución africana a la cultura de las Américas*. pp. 23-32. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología – Colcultura.

WEST, Robert. 1972. *La minería de aluvión en Colombia durante el Periodo Colonial*. Trad. Jorge Orlando Melo. Bogotá: Imprenta Nacional.

_____ 1957. *Las tierras bajas del Pacífico colombiano*. Bogotá: Traducción Claudia Leal 2000. Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

Otras Fuentes

Emelina, Luz Dary, Amparo, Cucha, Cuchita, Martha, Ana María y otras mujeres del grupo del 20 de Julio, que a través de los meses de convivencia me contaron, de manera formal e informal, narraciones e historias de sus saberes sobre la cultura Afroboraudoseña.